

CAPITULO V

2 de Junio.—Arresto de los girondinos

Victoria de vendeanos en Fontenai (24 de Mayo).—La Vendée se organiza.—Situación fatal.—La Asamblea se cansa de defender á los girondinos.—Los curas convencionales aborrecen á la Gironda.—Por qué los girondinos no se retiran.—Valor de madama Roland.—El Comité de Salud pública y la insurrección (1.º de Junio).—Aquél opone á la insurrección débil resistencia.—El Obispado acusa á los Jacobinos.—La noche del 1.º al 2 de Junio.—Cómo se obliga á armar la guardia nacional.—Los girondinos aterrados ante las matanzas de Lion.—Ultimo esfuerzo del Comité de Salud pública.—Autorización á Danton.—La Convención resiste á la Comuna.—La insurrección en poder de los Jacobinos.—La Montaña defiende la derecha.—Los Jacobinos abandonan su plan de insurrección moral.—Dimisión de cuatro representantes.—La Convención prisionera.—Indignación de la Montaña.—Reclamación de los dantonistas.—La Convención sale de su local y pasa al Carrroussel.—El general Henriot.—Dirige la puntería de sus cañones sobre la Convención.—Danton fluctuando.—La Convención en el jardín de las Tullerías.—La Montaña decreta el arresto de los girondinos.—París en la noche del 2 de Junio.—Por qué estos hechos se han ignorado hasta ahora.—Carácter contradictorio de esta época.—Grandeza moral, aun en las mismas violencias.

El comité de Salud pública durante estos agitados días estaba como abrumado bajo el peso de tantos desastres y tantos contratiempos como sufría. Apenas si osaba pronunciar una palabra. Por pocas que hubiera pronunciado, los girondinos habrían caído como víctimas propiciatorias.

Estaba nuestro ejército asediado en Mayence, como prisionero; Valenciennes, nuestra última trinchera, asediada también; el ejército del Mediodía en retirada y la Francia abierta á los españoles; una Vendée que comenzaba en los montes de Lozère; la Saboya casi francesa se volvió contra nosotros por el trabajo de los curas, dejando en el hambre á nuestros soldados de los Alpes (un huevo valía cinco francos). Lion detrás en plena revuelta contra su municipio y contra los comisarios de la Convención, marchando contra estos bajo la bandera girondina, el 27, disparando metralla contra los representantes del pueblo...

El mismo día 29, Cambon y Barere hicieron ante la Asamblea terribles confesiones: la batalla de Fontenai y la toma de la ciudad por los vendeanos.

Acontecimiento grave en sí, pero más aún por sus consecuencias, ya que sirvió á la Vendée para su organización.

La Vendée en tres meses atravesó tres épocas. En Marzo se efectuó la explosión enteramente popular, en la que no tuvieron intervención alguna los jefes. Después de Pascuas, los nobles, viendo á los campesinos coger las armas con tanto entusiasmo, se entregaron también á la sublevación, aceptando el papel de generales. Estos nobles eran generalmente oficiales inferiores que nunca habían mandado, pero tan valerosos como inexpertos. Su presencia dió más alientos á la insurrección. El campesino seguía al noble voluntariamente. Sobre todo admiraba la audacia del joven heroico *Mr. Henri* de La Rochejacquelin.

Sin embargo, estos caballeros incapaces intelectualmente, sin práctica en las cosas de la guerra, faltos de un gran entusiasmo que no podían sentir, demostraron en el mes de Mayo que no servían para la campaña. En su primer ataque á Fontenai formaban la columna vendeana 30.000 hombres y la guarnición de la plaza 3.000 republicanos al mando de Chalbos. Los republicanos rechazaron este primer asalto, causando á los insurrectos importantes bajas. Fortificados con una nueva división vendeana y conducidos por un hombre más conocedor del terreno, por Cathelineau, desafiaron á Chalbos y tomaron por fin la plaza. Habiéndose manifestado por este hecho la superioridad de Cathelineau, éste tomó grande ascendiente. Se organizó un consejo superior de administración compuesto de nobles y curas; pero estos en mayor número.

El comité de Salud pública, al anunciar esta fatal noticia, trató de atenuarla indicando que debía dirigirse un ejército de 60.000 hombres que cercasen y rindieran á los vendeanos. Sabía demasiado que era imposible formar este ejército.

No estaba lejos del estado de desesperación este comité de Salud pública. Tres de sus miembros estaban enfermos. Lo que más espantaba era el estado de Danton. Fiero en el 92, ante la invasión, erguida la cabeza en Marzo, se le vió el mes de Mayo cabizbajo, abatido, inquieto. Cosa contraria á su costumbre, parecía distraído. Un joven diputado de la derecha, Meillan, que simpatizaba con Danton, á quien creía más veleidoso que perverso, dijo que «según el interés de su seguridad hubiera sido ó Cromwell ó Caton» Meillan fué á buscar á Danton el 1.º de Junio. Danton, absorto, mejor dicho, entregado á sus pensamientos, decía en alta voz: «Es indispensable que uno de los dos lados presente su dimisión. Las cosas no pueden continuar así. Hemos llamado ya á la Comuna. ¿Qué quiere esta Comuna?»

La situación era peligrosa y fatal.

Por una parte la Convención, por defender á la Gironda, destruía á

la Comuna, y después quedó obligada á desempeñar los papeles más odiosos que desempeñó la Comuna misma: el empréstito forzoso, la requisición por medio de la violencia. La tiranía de las comunas, el terror municipal eran cosas fatales, inevitables, el último instrumento que le quedaba á la Revolución. No se podía destruir esta arma más que destruyendo la República.

Los realistas del Mediodía, de Lion, de Valenciennes, pedían socorro á los emigrados á Austria.

El asunto de Lion ilustró á los girondinos, decidiéndoles á retirarse. No podían obstinarse en permanecer en la Convención cuando los girondinos, verdaderos ó falsos, de Lion, hacían la guerra á la Convención misma.

En Marsella los girondinos arrojaron á los representantes del pueblo.

La Convención, ante tales desmanes, demostró una reflexiva ó quizás exagerada prudencia. La situación era muy comprometida. Era imposible ir racionalmente contra la Gironda, que significaba la libertad de la prensa, la libertad personal, todas las cosas irreconciliables con la dictadura.

Tristes pasiones se mezclaron entre todo esto. La masa de diputados mudos, el centro, era enemigo de los diputados que hablaban siempre de la Gironda. Se ha visto el 31 de Mayo el intento del centro para ridiculizar á Vergniaud.

A esta malevolencia inexplicable se unía un trabajo secreto que les creaba á los girondinos enemigos en todos los bandos. La Gironda era un partido compuesto de elementos muy variados, pues teniendo en su seno cristianos intolerantes, poseían lo menos un representante de cada una de las escuelas filosóficas del siglo XVIII.

Este procedía de Voltaire, el otro de Diderot. Todos eran enaenigos de los curas. Desde luego, que los curas estaban en gran número en la Convención.

En la Montaña había todo un banco de obispos, los de Blois, Beauvais, Evreux, Limoges y Vannes. Este último, Andrein, fué maestro de Robespierre.

Entre los curas convencionales unos eran creyentes como Gregoire y otros incrédulos como Sieyes. Pero aun faltos de fe, no consentían las burlas al cristianismo y á las viejas creencias.

La supresión del domingo en las administraciones, siendo provocada por la Gironda fué observada fielmente por todos girondinos, lo mismo en las oficinas del protestante Clavieres que en las del filósofo Roland.

Cuando Isnard ó Jacobo Duport se decían ateos (lo cual en esta época no significaba más que se era enemigo de los curas), la Gironda ni se asustaba, ni hacía ninguna observación. Algunos dijeron: «¿Qué importa? Sois un hombre honrado.»

Más arriba hemos podido observar la prudencia del diputado por la derecha Durand-Maillane, que quedó persuadido cuando Robespierre dijo: «La seguridad está en la izquierda.»

Efectivamente, Durand continuó sentándose en la derecha, pues era más girondino que la Gironda, pero votaba con la izquierda; respecto á la instrucción pública se separó de los impíos y combatió la filosofía, haciendo profesión de fe de *buen jacobino*.

En la discusión sobre varía en su cabeza el nombre del Ser Supremo, y entonces los curas la emprendieron contra los girondinos, que en aquella ocasión eran el órgano de la opinión común. Durand recordó en esta discusión una frase de Vergniaud: «Nos basta la razón. No necesitamos ni la paloma de Mahoma, ni la ninfa de Numa.» Lo de la paloma hizo furor.

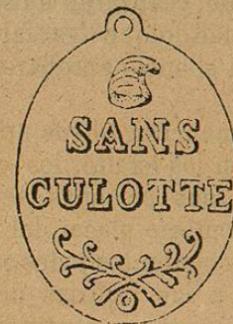
«Ya lo he dicho algunas veces—añadió Durand-Maillane— el partido girondino es más impío aun que el de Robespierre.» Sin escrúpulos y por su propia seguridad Durand contempló después impasible la muerte de los impíos.

Confiesa Du- tañeses enemigos de Robespierre le preguntaron: «¿Estaréis con nosotros?» «Si—contestó—vosotros sois los más fuertes.»

¿Los más puros, los más leales, Gregoire, por ejemplo, eran ajenos á las malquerencias de los curas contra los jacobinos? Me duele creerlo. Gregoire en sus Memorias guarda profundo silencio sobre esto.

El secretario de la sesión del 2 de Junio, el que redactó el acta vergonzosa y quien dejó que fuese falsificada fué Durand-Maillane. El mismo lo confiesa.

Los girondinos en verdad hubieran podido prever todo esto. La



la constitución (de la que hablaremos más tarde) aprovecharon los curas convencionales una ocasión propicia para atacar á los girondinos según sus procedimientos, creando el vacío, abandonándolos. El resto de la Convención decidió que la declaración de los derechos del hombre no lle-

rand en sus Memorias que nunca ha tratado de otra cosa que de su seguridad. Jamás se ha relatado de tal modo y se ha glorificado hasta tal punto la cobardía. La víspera del 9 Thermidor pronunció una palabra sublime en este género, cuando los mon-

situación pedía que se retirasen. Pedíalo también la laxitud de la Convención. El odio político y religioso minaba su fuerza y creaba enemigos de la Gironda en todas partes. Solo un débil hilo los ataba á la Asamblea.

¿Quién impidió, pues, que realizaran su sacrificio retirándose? ¿Fue el desinterés, la magnanimidad lo que les faltó? No, como puede verse el 20 de Abril en que con su silencio aprobaron las palabras de Vergniaud.

¿Quién los obligó á permanecer en sus puestos? El peligro.

Lo crítico de la situación los exaltó, los embriagó, haciéndoles olvidar los riesgos que corrían sus personas, revelando gran corazón en presencia de la muerte. El sombrío placer del martirio, no sé que estado anímico especial, conducíalos contentos todas las mañanas á estos bancos bajo los apóstrofes groseros y las injurias de las tribunas, viendo los cañones de las pistolas que apuntaban contra ellos desde lo alto. No todos, sin embargo, revelaron esta temeridad. Rabaud, por ejemplo, ministro del evangelista estaba poco preparado para este terrible trance; muchos temblaron, y arrastrados por su deber decían: «Hoy es el último día de mi vida »

Los que hicieron alarde de más valor fueron los Roland. Jamás se trasladaron de domicilio. Madama Roland ni temía á la prisión ni á la muerte. Nada rechazaba más que el ultraje personal, y para ser dueña siempre de su suerte dormía con una pistola debajo de la almohada. Cuando la Comuna decretó el arresto contra Roland ella corrió á las Tullerías para ver si podía confundir á los acusadores. Por la noche ella misma fué arrestada también.

Es necesario leer estas escenas en las Memorias, que no parecen escritas por una mujer, si no por Catón.

Lo más admirable, lo que llorará siempre Francia al recordarlo, es que al morir estas víctimas ilustres, estos abnegados patriotas jamás acusaron al pueblo. Jamás pudieron creer los girondinos que el pueblo era quien se dirigía contra ellos. *La infalibilidad del pueblo*, esta frase de Rousseau que adoptaron durante su vida, fué la que los acompañó hasta la muerte.

En realidad el pueblo de París no tomó parte en los sucesos del 31 de Mayo. El arrabal de San Antonio, equivocado momentáneamente, se mostró favorable á la Convención. Las secciones, obligadas á emitir su juicio, se inclinaban más pronto por la *insurrección moral* que parecía más pacífica, la proposición de Robespierre. Los jacobinos, recién llegados á la Comuna, eran ya sus dueños. Hebert, enardecido por su triunfo, se había convertido en un moderado jacobino. Todos parecían convertidos. Con inquietud rechazaron las proposiciones violentas de atacar el palacio de las Tullerías y arrestar á los diputados. Pache dijo: «Arrestar á los Veintidós es armar á los departamentos, provocar la guerra civil.»

El hombre más fuerte del Obispado, Dobsent, habló prudentemente. Chaumette denunció á los Veintidós y el público, en vez de censurar la denuncia, la aplaudió.

Los Jacobinos vieron claramente que no se trataba de emplear una fuerza existente, si no de crear otra y, por la noche, con carácter de urgencia *decretaron la celebración del empréstito forzoso que sería distribuído entre las familias de los que partían y la creación del ejército revolucionario á razón de 40 sueldos diarios por plaza*. Se desbordó entonces el sentimiento de generosidad. Tal individuo quería que se diera seis francos diarios á los obreros sin trabajo; aquél que se señalase una renta para los voluntarios contra la Vendée; Chaumette hizo una observación ante esta lluvia de planes: «¿Y de donde tomaremos tanto dinero?» Los jacobinos se limitaron á prodigar frases como las siguientes: «La Convención ha recibido fríamente el informe de la Comuna.» «La mayoría de la Asamblea es incapaz de salvar al pueblo.» «Se ha restablecido la comisión de los Doce»—decían mintiendo descaradamente los más exaltados.

Muy lejos de restablecerla, el comité de Salud pública hizo que la desautorizara desde las tribunas Barere, el mismo que provocó su creación. Barere, en un documento dirigido al pueblo, aceptaba la insurrección, elogiando esta revolución moral y pacífica. Admiraba á París. Creyó Barere, sin embargo, que París se adormiría, y que la insurrección recibiría honrada sepultura. Cuando se leyó el documento en la Asamblea, después de aprobado se levantó la sesión. La Convención creyó que había transcurrido un día sin entenderse con la Comuna.

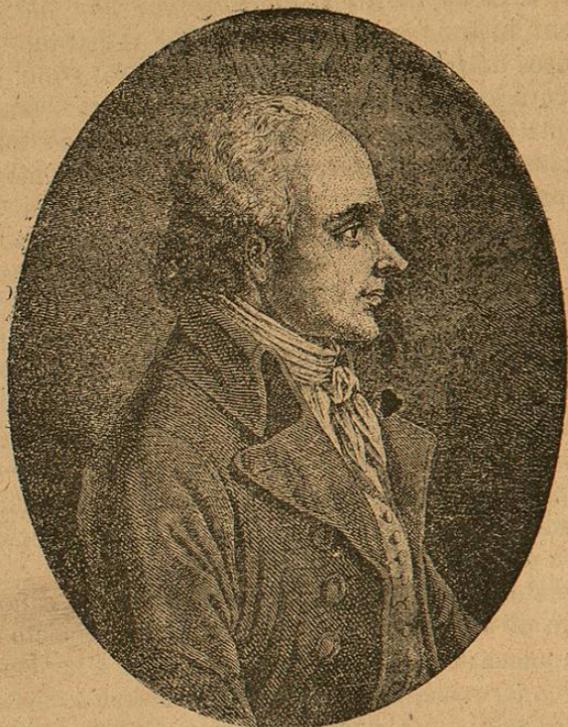
Eran las siete de la tarde. Henriot arrastraba los cañones por París. La Comuna aun no se había puesto de acuerdo respecto á la petición más ó menos amenazadora que había de presentar á la Convención. Esta procura no entender nada. Se hace la sorda. Marat se marcha por el alcalde, y después se dirige al comité de Salud pública. Allí grita, amenaza, gesticula y pide que se convoque inmediatamente á la Asamblea. Se acuerda que las tropas que han de cercar á la Asamblea lleven víveres consigo. Muchos añadieron que era necesario tocar á somatén como lo hicieron después sin autorización de la Comuna.

El comité de Salud pública se guardó muy bien de quitar la palabra á Marat, como se guardó de obedecerle. No convocó á la Asamblea, como lo confesó Cambon arriesgadamente. Pero al oír el toque de alarma los diputados fueron reuniéndose.

La derecha estaba desierta. La Montaña estaba casi en su totalidad y una parte del centro. El departamento y la municipalidad se presentaron á la barra. La petición leída por Hassenfratz era una mezcla del doble espíritu de sus redentores: los Jacobinos significaban la acusación; el Obispado había ingerido algunas palabras de muerte: *los conspiradores morderán el polvo*, y después: *Esto ya es demasiado, es necesario acabar*.

El *Moniteur*, falseado siempre por el poder en los períodos de crisis, nada dice de lo ocurrido en esta sesión verdaderamente importante. Nada manifiesta de la resistencia del comité de Salud pública. Durand-Maillane suple estas omisiones en sus memorias.

Cuando Legendre dijo que debían ser arrestados quienes hicieron el llamamiento al pueblo, contestó Cambon: «Si por emitir una opinión



LANJUINAIS

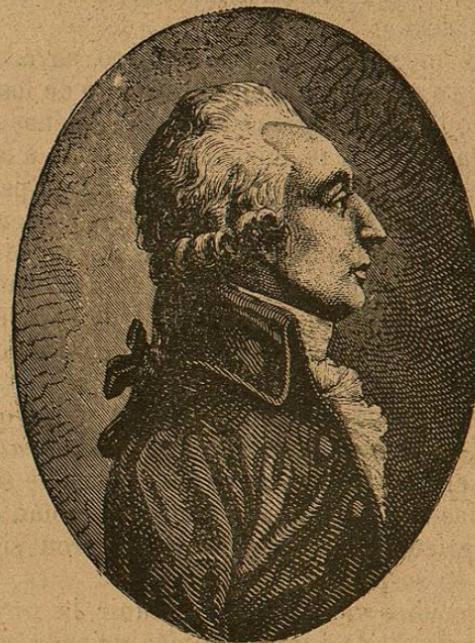
se corta la cabeza á un diputado, acabaremos sin que nadie ose hablar y aquí hay que decir las cosas muy altas. Aquí hay dos partidos y los dos son culpables.»

Enardecido Barere por Cambon dijo con energía: «Jamás fundareis la libertad más que con representantes que emitan libremente sus opiniones. ¿Qué nación llegará al envilecimiento de aceptar una constitución dictada por la fuerza? No podéis perseguir á los diputados por sus opiniones, si no por sus hechos. El comité de Salud no podrá efectuar ningún informe si los denunciadores no dan las pruebas de sus acusaciones.»

¿Para la defensa de la Gironda sostendrá la Asamblea el comité de

Salud pública? Se sentía impaciencia de verse abandonados por los girondinos diciendo: «Si fueran hombres honrados se retirarían espontáneamente.» Se acordó nada menos que cuantos tuvieran pruebas de las acusaciones formuladas quedaban obligados á presentarlas y *durante tres días* el comité de Salud pública informaría sobre la petición y adoptaría acuerdos.

Este largo espacio abierto por la Convención para la presentación



ANACHARSIS KLOOTZ

de pruebas de los hechos denunciados no sería fructuoso si no se empleaba la fuerza. Así lo decían en la misma Comuna. Los dos partidos insurreccionales que tenían asiento en la Comuna, los Jacobinos y el Obispado, tuvieron que trabajar de acuerdo. Si los Jacobinos hubieran querido retroceder no hubieran podido. El Obispado habla contra ellos en las secciones y no estaba lejos el momento en que los denunciaría como traidores. Ya lo había hecho Guzman en la sección de las Picas, llegando hasta decir: «Jamás se ha burlado nadie tan indecorosamente de la majestad del pueblo... Los que lo han conducido á la insurrección se entienden con sus enemigos. La Comuna resucitada por la generosidad del pueblo ha olvidado ya á su creador. Propongo se declare que el comité revolucionario es indigno de la confianza de la sección de las Picas.»